

EDICIÓN |
31

Agosto / 2018

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES



Las Batallas de la Luz

SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES – JUEVES – DOMINGOS
7:00 PM 7:00 PM 10:00 AM



Editorial

La palabra de Dios nos describe que una de las características del Señor, es que es un guerrero (Isaías 42:13). Cuando nosotros venimos al Señor, nos enlistamos también en su ejército y somos llamados al servicio activo. Él es el que prepara nuestras manos para la guerra y nuestros dedos para la batalla (Salmo 144:1). De la misma manera nos viste con las armas de la luz, para que desechemos las obras de las tinieblas (Romanos 13:12). El apóstol Pablo dice que nuestra lucha no es contra gente como nosotros, sino contra espíritus malvados que actúan en el cielo.

Ellos imponen su autoridad y su poder en el mundo actual; nos exhorta a que nos pongamos completamente la armadura de Dios, que consiste en el yelmo de la Salvación, la coraza de la Justicia, el cinto de la Verdad, el calzado del apresto del evangelio de la Paz; que tomemos en nuestras manos el escudo de la Fe, para apagar todo dardo de fuego del maligno y la espada del Espíritu que es su Palabra (Efesios 6:10-16). También el apóstol le recomienda a Timoteo que sufra penalidades juntamente con él, como buen soldado de Cristo Jesús, no enredándose en las cosas de la vida diaria, a fin de poder agradar a Dios quien le reclutó como soldado (2 Timoteo 2:3-4).

Podemos ver que los hombres de guerra deben tener al menos cuatro características que los hagan exitosos en la guerra: la estrategia, que consiste en conocer las superioridad o debilidad que se tiene sobre el ejército enemigo; la táctica, que son las técnicas o procedimientos que se usarán para obtener la victoria; el don de mando, que el líder debe tener sobre aquellas personas con quienes va a la guerra; la incidencia histórica, que consiste en poder cambiar los errores cometidos en el pasado, para no repetirlos en el futuro, dando un giro a la historia. Dentro de los generales de Dios debemos citar primeramente a Moisés, quien fue llamado por Dios para liberar a su pueblo de la cautividad de Egipto. En aquel entonces surgió un faraón que no conoció a José y vio que

los hebreos crecían en número y se hacían poderosos, por lo que ordenó que todo varón que naciera fuera muerto, no así con las niñas. De una familia hebrea, nació Moisés a quien sus padres escondieron por tres meses, pero cuando les fue imposible seguir haciéndolo, lo pusieron en una cestilla de juncos calafateada en el Nilo, donde lo encontró la hija de Faraón y lo hizo como su hijo.

Cuando este Moisés creció, quiso liberrar del látigo egipcio a un hebreo, dándole muerte a su agresor. Antes que se supiera el asunto Moisés escapó de Egipto al desierto, donde por cuarenta años cuidó a las ovejas de su suegro Jetro. Una vez estando Moisés en el desierto, vio una zarza que ardía y no se consumía; no era mas que el ángel del Señor y quien lo llamaba a liberar a su pueblo. Moisés renuente regresó a Egipto, donde el Señor lo usó para ejercer juicio contra Egipto y sacar al pueblo en victoria con las riquezas de sus opresores, los sacó de aquella tierra, los llevó al desierto en el que peregrinaron por cuarenta años, hasta que finalmente llegaron a la tierra prometida.

Cuando llegaron a Canaán, Dios designó a Josué hijo de Num, ayudante de Moisés para que repartiera herencia a las tribus del Señor. Aquella era la tierra del cananeo, del hitita, del amorreo, del heveo y del jebuseo. A Josué le tocó pelear con la ayuda del Príncipe de los ejércitos del Señor, contra los treinta y un reyes cananeos, hasta que finalmente venció a la mayoría de ellos; de aquí en adelante los israelitas pelearon contra aquellos pueblos que los perseguían, como los amalecitas, amonitas, madianitas, moabitas, etc.

En esta oportunidad estudiaremos algunas de las batallas que el Señor peleó con su pueblo, ya que cada una de ellas fue plasmada en las Escrituras como enseñanza para nosotros, para quienes ha llegado el fin de los siglos (1 Corintios 10:11).



Director General

Pastor Pedro Legrand

Portada y Edición

Pastor Pedro Legrand
Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Pastor Pedro Legrand
Jonatan Aguilar
Jorge Vasquez
Reina Solis

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

teléfonos:
54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



Egipto

A lo largo de la historia han existido varios imperios, los cuales regían sobre vastas regiones. Uno de los imperios más antiguos es el de Egipto; este se encontraba en las riberas del río Nilo. Al estar en una región fluvial tan abundante, permitió que el desarrollo cultural fuese más importante a otras actividades, como la agricultura o la pesca, pues el río se desbordaba año con año, haciendo que quedaran capas fértiles alrededor, lo que producía muy buenas cosechas sin mayor esfuerzo.

La Palabra de Dios dice que al morir José y sus hermanos, los hijos de Israel fructificaron, se multiplicaron, fueron aumentados y se fortalecieron en extremo. Se levantó un nuevo rey que no conocía a José, que al ver lo numeroso y fuerte que eran; procedió de manera astuta y pusieron capataces para oprimir a los hijos de Israel. Pero cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y más se extendían, de manera que los egipcios llegaron a temer a los hijos de Israel. Más adelante, la Palabra nos sigue narrando, que el faraón ordenó a todo su pueblo que todo recién nacido varón fuera echado al río Nilo, esto nos muestra que muchos inocentes son echados a la corriente del mundo desde antes de tener plena conciencia y son amoldados al mundo, pues el Nilo es figura de la corriente de este mundo.

Una mujer concibió y dio a luz un hijo que era hermoso, lo escondió por tres meses, pero al ya no poder hacerlo tomó una cestilla y lo colocó en ella a la orilla del río. La hija del faraón salió a la orilla del Nilo con sus doncellas y vio la cestilla, trayéndola vio al bebe que lloraba, le tuvo compasión y lo tomó por hijo. Aquel niño fue Moisés, a quien Dios usó para liberar a Israel de Egipto, por medio de señales portentosas; diez plagas vinieron sobre aquellos hombres malvados, hasta que faraón les pidió que se fueran de su tierra, los hebreos no salieron con las manos vacías tal y como el Señor había profetizado a Abraham, pues se llevaron con ellos el oro, la plata y vestiduras (Éxodo 12:35). Al día siguiente cuando le dieron la noticia a faraón, que Israel

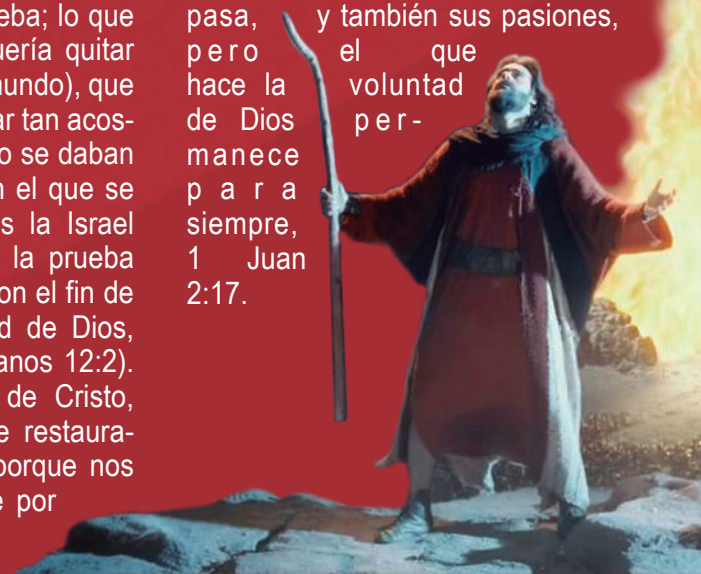
había escapado, decidió perseguirlos con todos sus carros y caballos. Cuando Dios se dio cuenta de esto, hizo que el ejército del enemigo de su pueblo se desorientara y se atascara en el lodo y cuando Moisés levantó su vara por segunda vez las aguas volvieron a su lugar matando a los egipcios.

Cuando el pueblo de Israel pasó el Mar Rojo hacia el desierto, añoraba estar en Egipto, se acostumbraron a la esclavitud, aunque no se esforzaban al trabajar para comer, pues la misma Palabra dice que plantaban la semilla y la regaban con el pie. Israel no solo quería volver a Egipto, sino también quería comer de su pan y de su carne, pues amaba más a Egipto (el mundo); que a aquel que le dio la libertad, es decir el Señor quien le dio el maná. Esto nos enseña que hay personas, que desechan la palabra del Señor y aman más sus apetitos carnales que a Dios.

La narrativa Bíblica nos dice que al llegar al desierto pasaron cuarenta años en él. Debido a sus rebeldías el Señor le dice al pueblo: conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día (Números 14:34). Recordemos que el número cuarenta es número de prueba; lo que nos habla que el Señor quería quitar todo vestigio de Egipto (el mundo), que estaba en ellos, pues al estar tan acostumbrados a la esclavitud no se daban cuenta del sometimiento en el que se encontraban. Para nosotros la Israel espiritual nos es figura de la prueba que pasa un hijo de Dios, con el fin de entender la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Romanos 12:2). Pues al venir a los pies de Cristo, empezamos un proceso de restauración en todo nuestro ser, porque nos reconciamos con el Padre por

medio del Hijo, pues si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas, 2 Corintios 5:17. Esta reconciliación es la que constantemente la corriente del mundo quiere romper, pues nos ofrece cosas que no vienen de Dios, sino que de los pecadores que habitan en el mundo; pues lo que el mundo ofrece son: malos deseos, ambición de tener todo lo que vemos y el orgullo de poseer muchas riquezas (1 Juan 2:16).

Moisés es figura de nuestro salvador Jesús, pues a Israel le fueron puestas cargas, tributos y aun castigos; hasta que vino un enviado de parte del Señor para liberar a los cautivos y oprimidos. Al igual que Moisés fue enviado a Egipto, nuestro Señor Jesús fue enviado a este mundo para reconciliarnos con el Padre por medio de Él, pues salió del Padre, y vino al mundo, pero regresó al Padre, mostrando así el retorno y restauración en que la Iglesia está; porque al amar a Cristo, el Padre nos ama. Por lo tanto, el mundo nos odia porque no somos de este mundo, ya que hemos sido escogidos. Pero Cristo nos habló muchas cosas para que tengamos paz en Él, ya que en el mundo tendríamos aflicción; más nos dijo que confiáramos porque Él venció al mundo. Pues el mundo pasa, y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece siempre, 1 Juan 2:17.



Jericó

El inicio de una guerra se da por muchos motivos, pero en la antigüedad en general se debía a la toma de territorio y al establecimiento de un pueblo o nación en un lugar determinado; tomando así los mejores lugares para asentar en ellos los puestos de combate. En la guerra se utiliza un término llamado estrategia, a esto se le conoce como un conjunto de tácticas o movimientos que llevan al fin de la guerra y obtener la victoria. Para llevar a cabo estos movimientos debemos conocer a nuestro enemigo y las ventajas que tenemos sobre él. La palabra del Señor nos describe, que nuestra lucha no es contra carne, ni contra sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efesios 6:12). Sabiendo esto, tenemos que tomar medidas para que estos enemigos no tomen posesión de nuestra tierra, es decir nuestro ser, pues recordemos que del polvo de la tierra hemos sido creados (Génesis 2:7). A lo largo de nuestra vida hemos escuchado que debemos luchar para salir adelante ¿Pero en realidad será qué prestamos la suficiente atención para salvar nuestra vida y conquistar nuestros objetivos? O nos topamos con alguna barrera que nos detiene y no podemos pasar y nos quedamos estancados, esto mismo le paso al pueblo de Israel cuando el Señor les estaba por entregar la tierra prometida, se encontraron con su primer contrincante, Jericó, la cabeza de los pueblos cananeos, fortaleza inexpugnable que no permitía al pueblo avanzar y tomar posesión de la tierra prometida.

A esta población se le conocía como la ciudad de las palmeras, pero también como la ciudad de la luna, ya que dentro de ella se daba culto a la deidad lunar Ishtar, diosa de la fertilidad; aquel pueblo basaba su prosperidad en el culto a esta deidad, agradeciéndole con cultos sexuales en orgías en las que era permitido todo tipo de aberraciones. Según algunos de los historiadores y comentaristas, estaba muy bien fortificada, rodeada de un muro perimetral de por lo menos seis metros de espesor y de siete metros y medio de alto, lo que nos deja ver que era virtualmente

imposible para cualquier ejército penetrarla a no ser por la intervención de Dios; el Señor envió delante de Josué, hijo de Núm, al capitán de Su ejército, con instrucciones precisas de lo que debía hacer para botar las murallas de Jericó. Paremos un segundo y meditemos en esta situación, sin lugar a dudas una de las batallas más grandes que tenemos como seres humanos es nuestra mente, ya lo dice la Palabra: Maldito el hombre que en el hombre confía, y hace de la carne su fortaleza, y del Señor se aparta su corazón (Jeremías 17:5).

Pero ¿Por qué mencionar esto? Jericó estaba dentro de estos muros, según ellos bien protegidos, pero como dijimos antes esta ciudad daba culto a la deidad de la luna, era una tierra idolátrica que se oponía a que Israel conquistara la tierra prometida. Para poder conquistar Canaán el pueblo de Israel debía vencer a Jericó, esta ciudad es figura de nuestra cabeza, ya que esta es la que dirige a nuestro cuerpo, la que se opone a recibir instrucciones, la que guarda los recuerdos ya sea que estos sean gratos o dolorosos y dependiendo de la vida que llevamos, se crean en nuestro interior murallas que no permiten que el reino de Dios entre en nosotros. El apóstol Pablo nos indica que las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10:4-5).

La táctica que Dios le dio a Josué fue la siguiente: Marcharéis alrededor de la ciudad todos los hombres de guerra rodeando la ciudad una vez. Así lo harás por seis días. Y siete sacerdotes llevarán siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca; y al séptimo día marcharéis alrededor de la ciudad siete veces, y los sacerdotes tocarán las trompetas. Y sucederá que cuando toquen un sonido prolongado con el cuerno de carnero, y cuando oigáis el sonido de la trompeta, todo el pueblo gritará a gran voz, y la muralla de la ciudad se vendrá abajo (Josué 6:2-5). Veamos la enseñanza en este pasaje, las primeras seis vueltas nos

hablan de la humanidad en nosotros, la cual debemos dejar a un lado para poder recibir de parte de Dios la salvación. El Señor le dice a Josué que ponga a siete sacerdotes con siete trompetas delante del Arca, lo que enseña que cada uno de ellos representa a los siete espíritus de Jehová, los cuales son: el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor (Isaías 11:2). El número siete también nos habla de la perfección de Dios, al hacer cada una de sus obras, cuando el pueblo de Israel siguió las instrucciones del Señor, hizo caer las murallas dejando abierto el camino para su conquista. La destrucción de los muros nos muestra la caída de la fortaleza del pecado que había en esa ciudad, que es figura de nuestra cabeza, para ser conquistados por el poderío del Señor.

Esto mismo le sucedió a un hombre llamado Naamán, general del ejército de Siria, varón valiente que era tenido en muy alta estima, pero el problema que aquejaba a Naamán era la lepra, lo que es figura del pecado. Cuando Naamán llegó a la casa de Eliseo, este mandó a su siervo para que le mandara zambullirse siete veces en las aguas del Jordán, pero Naamán había hecho una muralla que no le permitía escuchar la palabra del Señor; esta muralla era el orgullo y al igual que Jericó esta debía ser destruida. Naamán muy enojado se fue de la casa del profeta, pero sus siervos le hablaron haciéndole entrar en cordura, por lo que decidió poner por obra la palabra de Dios y entrando al agua se zambulló siete veces y cuando hubo terminado, dice la Palabra, que su piel era como la de un bebe (2 Reyes 5:1-14). Lo que nos enseña que debemos confiar en Dios, como dice la Palabra: Bendito es el hombre que confía en el Señor, cuya confianza es el Señor. Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces junto a la corriente; no temerá cuando venga el calor, y sus hojas estarán verdes; en año de sequía no se angustiará ni cesará de dar fruto (Jeremías 17:7-8).



Amalec

Cuando Dios sacó al pueblo de Israel de la tierra de Egipto y del yugo de la esclavitud, les prometió que los llevaría a un lugar mejor, una tierra grande y espaciosa, donde fluye leche y miel, esta es la tierra de Canaán. Pero, para poder conquistar aquella tierra ellos debían conocer a sus adversarios, por lo que Dios hablo a Moisés dándole instrucción de enviar espías a Canaán, entre los cuales estaban Josué y Caleb, quienes dieron un buen reporte al pueblo (Números 13:1-16). Esto nos muestra que el Señor es un Dios de estrategias, ya que para ganar una batalla debemos conocer las fortalezas y debilidades de nuestros adversarios, con el fin de obtener la victoria.

El Señor les dio a conocer que en aquella tierra estaban establecidos los Amalecitas (H6002 Amalec, un descendiente de Esaú), quienes residían en el Neguev (H5045 Négueb, estar estacionado, estancado), estaban asociados con los amorreos, cananeos, heteos y jebuseos, para impedir que la promesa de Dios no se cumpliera en ellos y quedaran estancados en medio del desierto. Amalec era responsable de detener los campamentos y aprovecharse de los que tenían pocas fuerzas. Los amalecitas se levantaron en contra de Israel, para despojarlos de sus pertenencias, para después comerciar con ellas, pensando que obtendrían la victoria.

Dios dio autoridad a Moisés y a Josué, a los cuales les entrego tácticas para enfrentar al adversario. Moisés le dijo a Josué que escogiera hombres y que saliera a la batalla contra Amalec, entonces Josué escogió hombres y siguiendo la instrucción de Moisés se enfrentó a los amalecitas. Una de las estrategias más poderosas en el reino de Dios, es ser sujeto a las instrucciones que el Señor nos manda por medio de Su Palabra y por medio de sus Siervos, ya lo dice la Escritura en cuanto al asunto de Saúl, cuando el profeta le dijo: ¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, el obedecer es mejor que un sacrificio, y el

prestar atención, que la grosura de los carneros (1 Samuel 15:22). Moisés, Aarón y Hur subieron al collado, para buscar la presencia de Dios y la victoria para su pueblo, porque esta batalla no se podía ganar solamente a través de fuerzas humanas, sino que deberían usar las armas espirituales y sucedía que cuando Moisés mantenía sus manos en alto, Israel llevaba ventaja contra sus adversarios, pero cuando sus manos se debilitaban, Amalec prevalecía en contra de Israel. Aarón y Hur eran los encargados de sostener las manos de Moisés, cuando estas decaían, en un momento Moisés quedo sin fuerzas y ellos lo sentaron sobre una piedra (Cristo), en ese momento sus manos se fortalecieron y las mantuvo en alto hasta que bajó el sol y así Israel despedazó a Amalec. En esta porción, podemos ver a Jesús en la figura de Moisés, abriendo sus manos como Cristo en el Calvario, asido al madero, dándonos victoria contra nuestros enemigos; y a Josué peleando en la llanura como figura del Espíritu Santo, batallando junto al pueblo de Dios.

Habló Dios a Moisés y le dijo: deja plasmado en un libro todo lo que ha acontecido en esta batalla, para memoria de los demás. Y sepa Josué que voy a desaparecer por completo debajo del cielo todo lo que tenga que ver con Amalec, no habrá memoria de él. Y a consecuencia de todo lo que sucedió Moisés preparo un altar para Jehová y lo nombro Jehová nissi (H5251 Jehová (es) mi estandarte). Posteriormente Dios ordenó al Rey Saúl, que atacara a Amalec y destruyera por completo sin piedad, dando muerte tanto a hombres como a mujeres, a niños como a niños de pecho, a bueyes como a ovejas, a camellos como a asnos. Esto debido a que cuando Israel subía de Egipto los amalecitas se les opusieron en el camino, ellos atacaron a Israel por la retaguardia a los que se encontraban cansados y fatigados (Deuteronomio 25:17-19).

Esto nos enseña que aquellos que están en nuestras congregaciones no se pueden quedar

atrás debido al desaliento, todos debemos seguir adelante en la búsqueda del Señor, ya que de lo contrario seremos afectados por Amalec. El Rey Saúl, perdonó al Rey Agag y a lo mejor del ganado. El Señor se desagrado tanto de Saúl por haber hecho esto, que envió a Samuel al campamento de Israel y le dijo: Hoy el Señor ha arrancado de ti el reino de Israel, y lo ha dado a un prójimo tuyo que es mejor que tú. Samuel hizo traer a Agag y le dio muerte, según el mandamiento del Señor (1 Samuel 15).

David había recibido el trono de Israel y llegando con sus hombres a Siclag los amalecitas habían hecho una incursión en el Neguev y contra Siclag asolándolo e incendiándolo. Cuando llegó David se habían llevado cautivos a las mujeres y a sus hijos. Consultó David con el Señor sobre esto y Él le respondió: Persíguelos, porque de cierto los alcanzarás y sin duda rescatarás a todos. David atacó al campamento de Amalec por sorpresa, cuando ellos se encontraban comiendo, bebiendo y bailando, por el gran botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de Judá.

David los hirió desde el anochecer hasta el amanecer, ninguno de ellos escapó excepto cuatrocientos jóvenes que huyeron en camellos (1 Samuel 30). Finalmente, la Palabra nos relata que los hijos de Simeón, que significa oír atentamente, fueron los que destruyeron al remanente de los de Amalec que habían escapado. Esto nos enseña que debemos poner oído a la instrucción que la Escritura nos da, para no ser víctimas de los amalecitas.



Gedeón

Desde que la humanidad se asentó en comunidades, ciudades y pueblos, se han librado batallas encarnizadas durante los siglos por el sustento, pues para una nación es de suma importancia tener el abastecimiento para dar de comer a su gente, ya que sin él, el pueblo no tendría las fuerzas para seguir adelante. El pueblo de Israel no es la excepción, después de muchas batallas para obtener la tierra donde fluye leche y miel, el pueblo del Señor repartió la herencia que Dios les había dado. Con el paso del tiempo Dios corrigió el camino de su pueblo, que se desviaba fácilmente, pues eran de dura cerviz (Éxodo 32:9); después de la batalla de Barac y Débora en contra de Jabin, rey de Canaán y de Sísara comandante de su ejército, el pueblo de Israel comenzó a apartarse del camino del Señor nuevamente, por lo que Él, les entregó en manos de los madianitas durante siete años.

Los madianitas en aquel tiempo entraban como langostas y devoraban todo cuanto encontraban, dejando así a Israel sin alimento y sin fuerzas para pelear. Después de los siete años de oprobio, Israel se acordó de su Dios y clamó a gran voz y el Señor les respondió por medio de un profeta, el cual les dijo: "Fui yo el que os hice subir de Egipto, y os saqué de la casa de servidumbre. Os libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos vuestros opresores; los desalojé delante de vosotros, os di su tierra, y os dije: Yo soy el Señor vuestro Dios. No temeréis a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis. Pero no me habéis obedecido", Jueces 7:1-10.

Esto es una enseñanza para los hijos de Dios, que se apartan del Señor para ir en busca de otros dioses, es decir se alejan de Dios para dar rienda suelta a sus deseos carnales, entonces llegará el momento en el que se verán rodeados de sus enemigos y clamaran al Señor y Él enviará a ellos a sus siervos para recordarles lo que dice el apóstol Pedro, que les hubiera sido mejor no haber conocido el camino de la justicia, pues aun habiéndolo conocido, se apartaron del santo mandamiento que les fue dado. Les ha sucedido lo que dice el proverbio: el perro vuelve a su propio vómito (2 Pedro 2:21-22; Prover-

bios 26:11). Pero dice que hay una salida, la palabra del Señor nos dice que nos arrepintamos y nos convirtamos, para que Él envíe a Jesucristo quien nos fue anunciado (Hechos 3:19). En contra de Israel se levantaron en ese tiempo tres reinos los cuales son Madián (de la raíz H4079 midián; contienda, pleito, rencilla), los amalecitas (H6002 Amaléc; descendientes de Esaú, quien vendió su primogenitura) y por último los del oriente (H6924 quédem; antes, pasado, antiguamente). Cada uno de estos representan un ataque para nosotros en este tiempo, recordemos que somos el Israel espiritual, pues el Señor nos llamó nación santa, linaje escogido (1 Pedro 2:9), por lo que estas naciones nos atacarán para robarnos el alimento espiritual y así quitarnos las fuerzas para seguir luchando, mientras que la palabra del Señor nos recuerda que nos fortalezcamos en Dios y tomemos la armadura espiritual para resistir las insidias del Diablo (Efesios 6:10-16).

Gedeón el más pequeño de su casa, de la familia más pobre de la tribu de Manases (H4519 Menashshé hacer olvidar), fue escogido por Dios para liberar al pueblo de Israel de las manos de los madianitas y tomó a treinta mil hombres para la batalla, pero Dios habló a Gedeón para decirle que eran demasiados, puesto que Israel podía olvidar que el Señor los libraría diciendo: "Mi propia fortaleza me ha librado", por lo que les puso pruebas hasta que quedaron con Gedeón trescientos hombres. Una de las estrategias que Dios usa y que vemos en este pasaje, es que no es la cantidad de personas que nos rodea la que nos libraré de nuestros enemigos, sino un corazón dispuesto para pelear la buena batalla y creyente en la salvación venidera, como el de Pablo cuando dijo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe, por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Timoteo 4:7-8).

El Señor habló a Gedeón cuando quedó con los trescientos y le dijo: Levántate, desciende contra el campamento porque lo he entregado en tus manos.

Pero si tienes temor de descender, baja al campamento con tu criado Fura. Gedeón determinó bajar al campamento de sus enemigos, los cuales eran numerosos como langostas y al acercarse al campamento escuchó a dos hombres hablando y uno decía: He aquí, tuve un sueño; un pan de cebada iba rodando hasta el campamento de Madián, y llegó hasta la tienda y la golpeó de manera que cayó, y la volcó de arriba abajo y la tienda quedó extendida. Y su amigo respondió: Esto no es otra cosa que la espada de Gedeón y Dios ha entregado en su mano a todo el campamento.

Cuando Gedeón escuchó esto se postró para adorar al Señor y después subió para hablar a los trescientos y les dijo: Cuando yo y todos los que estén conmigo toquemos la trompeta, entonces también vosotros tocaréis las trompetas alrededor de todo el campamento, y decid: "Por el Señor y por Gedeón" y los dividió en tres grupos, tomaron cántaros vacíos con una antorcha encendida adentro en la mano izquierda y en la mano derecha tomaron sus trompetas (Shofares de cuerno de carnero) y así rodearon el campamento. Cuando las tres compañías tocaron las trompetas, rompieron los cántaros, y sosteniendo las antorchas en la mano izquierda y las trompetas en la mano derecha para tocarlas, gritaron: ¡La espada del Señor y de Gedeón! Cuando tocaron las trescientas trompetas, el Señor puso la espada del uno contra el otro por todo el campamento y así el ejército huyó. Esto nos muestra que la estrategia profética del Señor para que nuestros enemigos huyan, es romper el cántaro, que es figura de nuestra humanidad, dando así a conocer el fuego del Espíritu Santo que reside en nuestro interior, pero no solo esto, sino que también hagamos sonar la trompeta, es decir la voz del Señor, como dice el profeta: Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, declara a mi pueblo su transgresión y a la casa de Jacob sus pecados (Isaías 58:1).



La Iglesia

El apóstol Pablo advierte a los corintios que se revistan de toda la armadura de Dios, para poder estar firmes contra los ataques (insidias, artimañas) del diablo, para poder resistir en el día malo y estar firmes. Ceñida la cintura con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz, tomando el escudo de la fe, para apagar los dardos encendidos del maligno, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu que es la palabra de Dios; porque estamos en una lucha no contra gente como nosotros. Pablo usa la palabra pale (G3823 relacionada con pallo, mecer o vibrar); es una lucha individual y no una campaña militar, un combate mano a mano. Se usaba para designar la lucha de soldados o atletas que combatían cuerpo a cuerpo, la cual requería una buena condición física y velocidad, se usa en sentido figurado sobre el conflicto espiritual en que se hallan inmersos los creyentes.

Nuestra lucha es contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales (Efesios 6:11-17). Dice la Palabra, que en el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas (Génesis 1:1-4). Desde aquel momento las tinieblas (H2822 kjoshék, oscuridad, tinieblas, figurativamente miseria, destrucción, muerte, ignorancia, tristeza, maldad), vinieron a ser contrarias a la luz y se nos indica que no estemos unidos en yugo desigual con los incrédulos, es decir con las tinieblas, pues ¿Qué asociación tienen la justicia y la iniquidad? ¿O qué comunión la luz con las tinieblas? ¿O qué armonía tiene Cristo con Belial? ¿O qué tiene en común un creyente con un incrédulo? 2 corintios 6:14,15.

Cuando el apóstol Juan se refiere a Cristo como el Verbo, dice que de la Palabra nace la vida, y la Palabra, que es la vida, es también nuestra luz. La luz alumbró en la oscuridad, ¡y nada puede destruirla! (TLA Juan 1:4) Cuando nosotros venimos a Cristo reconocemos la Luz, pues antes andábamos en tinieblas y se nos permitió entender la buena noticia, es decir el evangelio de nuestro Señor Jesucristo, cuando esto sucedió se llenó de luz nues-

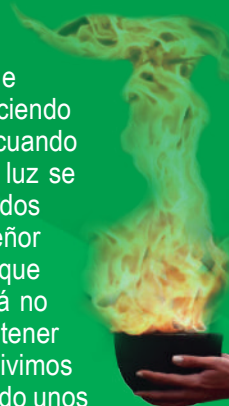
tro entendimiento, para que por medio de Cristo conociéramos la grandeza de Dios (2 corintios 4:6). Como consecuencia de esto el Señor nos constituyó como linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciemos las virtudes de aquel que nos llamó, de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9). Las tinieblas no están conformes con habernos perdido y por todos los medios buscan recuperarnos. Nuestra batalla contra las tinieblas es encarnizada, ya que, aunque somos hijos de luz, aún hay vestigios de tinieblas en nosotros. El Señor dice que los ojos de una persona son como una lámpara que alumbró el cuerpo, si miramos con ojos sinceros y amables, la luz entrará en nuestra vida.

Pero si nuestros ojos son envidiosos y orgullosos, viviremos en completa oscuridad. Cuando todo nuestro cuerpo está iluminado con la palabra de Dios (Salmo 119:105) y no permitimos que hallan vestigios de tinieblas en nosotros y estas se manifiesten, entonces nuestra vida alumbrará en todos lados, como una lámpara que ilumina con su paz (Lucas 11:34,36). No debemos dejar que nadie nos engañe con tontos argumentos para alejarnos del Señor, volviéndonos a llevar a la desobediencia, haciéndonos cómplices con ellos en sus malas obras; por el contrario, hagámosles ver su error, pues sus hechos no aprovechan de nada. Antes éramos tinieblas, pero ahora somos luz en el Señor y nuestros frutos deben consistir en toda bondad, justicia y verdad. Debemos conocer lo que agrada al Señor, no haciendo cosas vergonzosas, pues cuando las cosas se exponen a la luz se hacen visibles para todos (Efesios 5:6-13). El Señor Jesucristo nos enseñó que Dios es luz y donde Él está no hay oscuridad. Si decimos tener comunión con el Señor y vivimos en pecado, resultamos siendo unos mentirosos que no obedecemos a Dios, pero si vivimos en la luz también tendremos comunión con los que nos rodean y como consecuencia el Señor

perdonará nuestros pecados, por la sangre de Cristo (1 Juan 1:5-7). Juan nos relata que los maestros de la ley y los fariseos, llevaron ante el Señor a una mujer que había sido sorprendida en adulterio y le dijeron: Maestro, a esta mujer se le ha sorprendido en el acto mismo de adulterio. La ley de Moisés ordenaba que se apedreara a tales mujeres. Ellos preguntaron: ¿Tú qué dices? Ellos lo que querían era tenderle una trampa para acusarlo. Jesús inclinándose empezó a escribir con el dedo en el suelo. Jesús se levantó y dijo: Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Y siguió escribiendo en el suelo. Al oír esto se fueron retirando, empezando desde los más viejos, hasta dejar a Jesús solo con la mujer. El Señor le preguntó ¿Dónde están? ¿Ya nadie te condena? Nadie Señor, contestó. Él le dijo: Tampoco yo te condeno. Vete en paz y no peques más. Luego de esto el Señor se dirigió a la gente y les dijo: Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan 8:4-12). Es necesario que nos esponamos a la luz de Cristo, para ser limpiados de nuestro pecado y que la luz resplandezca en nosotros, tal como dice el profeta Isaías: "¡Levántate y resplandece, que tu luz ha llegado! ¡La gloria del Señor brilla sobre ti!... (Isaías 60:1).

Mientras las tinieblas se hacen más densas en el mundo, la iglesia del Señor Jesucristo se hace más brillante, como la luna llena en la noche oscura. Una lámpara se pone sobre la mesa para que todos la vean, el Señor nos ha llamado a ser la luz del mundo, como dice el profeta: Poca cosa es que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel; también te haré luz de las naciones, para que mi salvación

alcance hasta los confines de la tierra (Isaías 49:6).



Santa Cena

2 de septiembre 2018
10:00 de la mañana



17 Ave. 5-62 zona 1 Ciudad de Guatemala

EN VIVO



Escúchanos 24/7



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones

www.elfaroradio.online